

hemos dicho, no pueden diferirse los vagones por la escasez de vías que tiene, y por otra parte la circunstancia de tener la línea mucho mayor tráfico de exportación que de importación.

Cualquiera alteración que se hiciera para reducir el número de trenes que circula en la línea de Betanzos á El Ferrol, que en el servicio de invierno son seis, llevaría consigo ó detener á los viajeros procedentes de Madrid, después de veintidós horas de viaje, dos horas más en la estación de empalme, con igual retraso para la correspondencia, ó matar el movimiento á la capital, único que tiene importancia y que produce positivos ingresos.

Todo lo anteriormente expuesto explica y justifica el que forzosamente hayan ascendido á más del 50 por 100 los gastos de prestación de material y exceda del 25 por 100 el capítulo del movimiento.

Gastos de renovación.—Previendo que los ingresos de explotación no bastarían á cubrir todos los gastos y que no se disponía en el presupuesto de cantidad alguna para saldar el déficit, se presentaron á la aprobación superior dos presupuestos, uno de 24.528 pesetas para arreglo de las carreteras de acceso á las estaciones, y otro de 24.929 para jornales y materiales aprobados por Real orden de 21 de Abril de 1914, y merced á los cuales no sólo se pudo atender á la reparación de las carreteras referidas, que por los años que llevaban construídas y en desuso no estaban en condiciones de prestar servicio público, sino á la conservación extraordinaria que ha exigido la línea, en la que la circulación de los trenes produjo asientos grandes en la vía que exigió cantidades grandes de balasto con el refuerzo consiguiente de las brigadas de conservación, sin contar con otras obras de revestimiento de terraplenes y recebo de escolleras en los puentes que hicieron necesarios los temporales grandes del invierno de 1913 á 1914.

El repuesto de traviesas que quedó al terminarse el asiento de vía se ha consumido por completo en varios tramos de la línea, durante todo el año 1914, disponiéndose el año actual hacer el acopio necesario para atender á las necesidades más urgentes.

La Arquitectura de la ciudad de Nueva York.

(CONTINUACIÓN) (1)

Reconocida la admirable adaptación del edificio á los fines para que está destinado, principio cardinal de la ciencia de la construcción, veamos hasta qué punto resulta una obra de belleza.

La arquitectura del edificio es decididamente gótica, ó más bien una adaptación del estilo gótico al modelo americano del rascacielo, y la impresión que deja en el ánimo la inmensa obra de reluciente blanco, perfilada sobre la bóveda azul de esos días impecablemente diáfanos en que el cielo de Nueva York nada tiene que envidiar á los del Mediodía, la enhiesta torre corona la por áurea y esplendorosa cúpula y ornada de gentiles torrecillas y ornamentos, la elegantísima fachada, el bello portal, con sus elaborados nichos, el pomposo balcón á la altura del cuarto

piso, de triple ventanal en el centro y grupos pareados á uno y otro lado.... el efecto producido, digo, por ese conjunto, admirablemente equilibrado, es una de las impresiones más imperecederas que alcanza á producir la moderna arquitectura.

La elegante arcada interior, con decoraciones riquísimas, de pompa palacial, y bello cielo guarnecido de relucientes incrustaciones en oro y en color, verdadera nave del orgulloso templo del genio americano, constituye digna avenida de acceso al gigantesco monumento.

Hoy no son pocos los rascacielos de gran belleza con que cuenta Nueva York. Pero las obras de arquitectura de la gran metrópoli americana no se limitan en manera alguna á los llamados rascacielos, y además de una infinidad de templos, residencias, hoteles, Bancos, edificios públicos, etc., de gran originalidad y mérito estético, tenemos admirables reproducciones y remedos de muchos de los monumentos más notables de otros pueblos y otras épocas. Así la torre del edificio de la Compañía Metropolitana de Seguros de Vida, con sus 52 pisos que le permiten dominar una vista de Nueva York y sus alrededores que alcanza más de 20 millas á la redonda, es un inconfundible remedo del famoso Campanile, de Venecia; la del Teatro de la Plaza Madison, coronada por una estatua heroica de Diana de 13 pies de altura, obra del famoso escultor americano Augusto Saint-Gaudens, trae inmediatamente á la memoria la de la Giralda de Sevilla; el Mausoleo del General Grant, con sus severas columnas dóricas, imponentemente situado á la margen del Rhin Americano, y su solemne interior de espléndido mármol blanco, donde rodeado de las banderas y trofeos conquistados en sus campañas descansa en sarcófago de granito rojo vecino al de su esposa, el héroe de Appomattox, recuerda el panteón napoleónico; la preciosa Iglesia Presbiteriana de la Plaza Madison, hoy desgraciadamente ahogada, como sucede á muchas de las demás joyas arquitectónicas de Nueva York, por las vecinas construcciones, es uno de los templos más notables de la ciudad, y con su estilo casi bizantino, cúpula dorada y elegante, frente ornado con seis columnas corintias de granito verde pálido sugiere al Panteón de los Emperadores romanos.

En verdad podría decirse que ese es el mal de Nueva York. El crecimiento de la ciudad ha sido tan maravilloso y la isla se ha ido haciendo correspondientemente tan pequeña, que los edificios están muchas veces indiscretamente amontonados, con gran perjuicio de la belleza de cada uno y de la armonía del conjunto. Ejemplos podrían citarse de casos en que la simple distribución, sobre un área más amplia, de edificios lastimosamente colocados el uno junto al otro, daría por resultado un cuartel de desusada belleza arquitectónica.

Una de las cosas que más llama la atención del extranjero en la isla de Manhattan es la frecuencia con que en ella se encuentran series aglomeradas de magníficas residencias que se desmejoran precisamente en razón directa de su aglomeración.

Avenida de palacios ha sido calificada en más de una ocasión la quinta, y en verdad el predicado no resulta desmedido.

La imponente serie de construcciones alzadas á uno y otro lado de la heráldica avenida bastaría para hacer el orgullo de cualquier capital, y desde el Arco Conmemorativo del Centenario de la Elección de Washington como

(1) Véase el número anterior.

Presidente de los Estados Unidos hasta la terminación Norte del Parque Central, la avenida forma una interminable procesión de establecimientos mercantiles de gran belleza y majestad, de hoteles suntuosos, de galerías de arte, tiendas de anticuarios, ricas vidrieras de joyeros, lujosas librerías, catedrales católicas y protestantes, templos hebreos, bibliotecas, Museos, residencias soberbias, que muchas veces alcanzan la estatura de verdaderos monumentos arquitectónicos....

Allí está la residencia de W. A. Vanderbilt, reproducción de un antiguo castillo francés, con elegante fachada, ornadísimos portales, trabajos en bronce y calados góticos de piedra, á la que por disposición municipal hubo que despojar recientemente de las elegantes barandas que representan las fosas originales del famoso castillo medioeval; la Catedral católica de San Patricio, templo el más renombrado de los Estados Unidos, de construcción gótica, torres pareadas y simétricas de gran ornamentación, bella roseta central y triple portal, cada uno de cuyos miembros da acceso á una de las naves, y de rico interior, notable por sus esculturas, vidrieras coloreadas y bello altar mayor de mármol con incrustaciones de piedras semipreciosas. De rico granito en su totalidad, y levantada sobre un plano en forma de cruz, la bella basílica, cuyos complejos relieves resultan todavía algo duros á causa de la exactitud del corte á máquina, aun no suavizado por la acción del tiempo que al embotar las aristas y ennegrecer la piedra da á los viejos templos la inimitable mano de pátina que los distingue, es una de las otras góticas más hermosas del Nuevo Mundo; el Templo Emanu-El, de arquitectura morisca, hoy algo estropeado por los trabajos requeridos por el ensanche de la avenida; la monumental Biblioteca pública, espléndido palacio de mármol blanco con elegante frontón, bellas columnas, nichos ocupados por notables esculturas y lujosísimo interior de mármol y pórfido adornado con oro y cubierto por cielos de extraordinaria ornamentación; el Museo Metropolitano de Bellas Artes, que, como corresponde á su carácter de depositario de la mayor agregación de riqueza artística del Hemisferio Occidental, es en sí, aunque todavía incompleto, una de las joyas de la arquitectura neoyorquina.

Pero sería inútil querer comprenderlos todos dentro de los límites del presente artículo, aun sin pretender consagrar á la descripción de cada uno el espacio necesario.

Desde que en 1889 se levantó en la ciudad de Nueva York el edificio Tower, padre del rascacielo, primera construcción de su clase erigida en el mundo, y que con sus nueve pisos fué asombro universal en su día, el movimiento arquitectónico de los Estados Unidos comenzó á dejar muy atrás al de los demás países. Hoy la metrópoli del Hudson es el laboratorio arquitectónico más activo del mundo, y aunque á veces demasiado fieles á la tradición francesa, que absorben en la famosa École des Beaux Arts, de París, los Arquitectos americanos pueden vanagloriarse de haber creado, en un período extraordinariamente breve, una Arquitectura monumental y de haber hecho de Nueva York una ciudad de colosal belleza.

Basta dar una ojeada á algunos de los edificios más notables para verlo claramente así.

Allí está la Aduana, espléndida construcción de granito tallado, en el ornado estilo del renacimiento francés, levantada sobre el mismo sitio ocupado por el antiguo fuerte Amsterdam erigido por los colonizadores holande-

ses en el 1626 y embellecida con imponentes columnas dóricas, una cartela emblemática de los Estados Unidos, por el escultor Karl Bitter, grupos simbólicos de América, Europa, Asia y África, por Daniel C. French, y una serie de esculturas de las grandes naciones comerciales del mundo, representadas por figuras ó por estatuas de personas representativas en el siguiente orden: Grecia y Roma, por F. E. Elwell; Fenicia, por F. W. Ruckstuhl; Génova (estatua de Cristóbal Colón), por Augusto Luke-man; Venecia (estatua del Dux Marino Falieri) y España (estatua de la Reina Isabel la Católica), por F. M. Tonetti; Holanda (estatua del Almirante Van Tromp), y Portugal (estatua del Príncipe Enrique *el Navegante*), por L. Saint-Gaudens; Escandinavia, por Johannes Gelert; Alemania, por Albert Jaegers, y Francia é Inglaterra, por Charles Graply.

Allí están el edificio de la Cámara de Comercio, notable construcción de mármol blanco y granito, con el frente adornado con columnas corintias y estatuas de Alejandro Hamilton, De Witt Clinton y John Jay; la Bolsa, bellísimo edificio de mármol blanco tallado, techo de riquísimos relieves de oro, fachada de hermosas columnas corintias de 52 y medio pies de altura y noble frontón con esculturas alegóricas de la Integridad (figura central), la Fuerza Motriz y los Descubrimientos Científicos y Mecánicos (grupo de la derecha); la Dirección del Registro, archivo de los títulos y escrituras de las propiedades inmuebles de la ciudad, obra de acero y granito, á prueba de incendio, de interior de mármol, bronce y caoba, embellecida en el exterior, de estilo renacimiento francés, con 32 columnas monolíticas de granito, figuras emblemáticas por Bush-Brown, y estatuas de ocho ciudadanos prominentes en la historia de la ciudad; la casa de la Guarantee Trust Company, considerada como el edificio más hermoso de su clase en el mundo, con rico interior é imponente fachada embellecida con majestuosas columnas jónicas; el Banco de Balances, hermosísima construcción de mármol blanco, con notable cúpula y fachada ricamente decorada; el Ayuntamiento, indudablemente una obra de excepcional belleza, generalmente considerado como la joya entre los edificios públicos de la ciudad en el elegante estilo del renacimiento italiano; la Prefectura de Policía, imponente construcción de piedra caliza con base de granito y elegante cúpula; la División de Apelaciones de la Suprema Corte del Estado de Nueva York, magnífico edificio de mármol blanco, embellecido con elegante frontón, grandes columnas corintias y esculturas emblemáticas de la Sabiduría y la Fuerza á ambos lados de la entrada principal, y estatuas de los grandes legisladores clásicos Moisés, Confucio, Solón, Justiniano, etc., en la cornisa; el Colegio de la Ciudad de Nueva York, espléndido grupo de edificios góticos repartidos con gran efecto en una altura dicha no sin razón la Acrópolis de América; los de la Universidad de Columbia; el de la Sociedad Hispánica de los Estados Unidos, que á su belleza añade la producida por la armoniosa construcción de los que lo rodean.... Pero la lista resultaría interminable. Las construcciones mencionadas bastarían por sí solas para enorgullecer á cualquier capital moderna, aun cuando en manera alguna constituyen todo lo que de notable ofrece al Arquitecto la ciudad de Nueva York.

OCTAVIO ELÍAS MOSCOSO.

(Continuará.)

(De la revista *América é Industrias Americanas*, de Nueva York.)